

# Malestar y cultura contemporánea: una lectura desde Freud

Debate o discusión en teoría social

Grupo de trabajo 31: Teoría sociológica contemporánea

David Álvarez Muñoz  
Universidad de Valparaíso

## Resumen

Las transformaciones de las sociedades actuales imponen constantes desafíos a los modelos analíticos de las ciencias sociales. La facilidad para pensar lo contemporáneo desde una supuesta crisis -por ejemplo, en lo que respecta a la fragmentación de los lazos sociales- contrasta con las dificultades en la búsqueda del *ethos* de nuestra época. Reconociendo las potencialidades de los diálogos interdisciplinarios, este trabajo busca profundizar en el tratamiento psicoanalítico del malestar, específicamente en la obra de Freud, destacando los recaudos sociológicos vigentes de la lectura freudiana del mundo moderno. Por esta vía, buscamos acercarnos a la pregunta por lo social contemporáneo en sus vinculaciones, muchas veces contradictorias, con lo subjetivo y el sufrimiento psíquico.

**Palabras clave:** malestar, desarrollo, Freud

### 1. El malestar social y las paradojas de la modernización

El año 2011 Chile vivió una verdadera explosión de descontento social en torno a una adhesión inédita a las problemáticas del movimiento estudiantil. Con una sorprendente empatía cercana a la unanimidad, la ciudadanía aprobó el movimiento social por los cambios al sistema de educación, lo que derivó en multitudinarios apoyos callejeros que legitimaron al movimiento social al mismo tiempo de irritar a la clase política. El panorama de tensión posicionó demandas más allá de las aulas universitarias, llegando hasta los debates políticos (sistema de partidos) y económicos (críticas al modelo de desarrollo). Estas cuestiones generales, muchas de ellas devenidas tópicos insalvables de la actual agenda presidencial, se complementaron con transformaciones del régimen discursivo; pequeños cambios del uso cotidiano de los conceptos que han renovado el significado de palabras como “lucro” o “calidad”.

Más allá de las múltiples aristas de los movimientos por la educación, vemos que la estela social como analítica que nos deja cuenta de un malestar social encubado en el corazón de la ciudadanía y que nos invita a reflexionar, entre otras cosas, sobre las consecuencias de la modernización latinoamericana y el paradigma de desarrollo.

Ahora bien ¿de qué hablamos cuando nos referimos al malestar? Una primera aproximación la encontramos en los informes de desarrollo humano. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), por ejemplo, lo integró como un eje analítico determinante, de necesaria alusión en pos de la mejoría de las condiciones de la población. Es más, en el reciente informe del 2012 hay una centralidad del malestar-bienestar social como criterio de lectura de los avatares de la modernización. Para el PNUD existen dos tipos de malestar: por una parte el malestar subjetivo

individual, que “es una experiencia negativa de sí que se expresa como insatisfacción, infelicidad, tristeza, agobio, sufrimiento o culpa” (PNUD 2012, pág. 110); por otra, el malestar subjetivo social, que es “la expresión de una experiencia negativa de sociedad que surge cuando el individuo percibe truncadas las posibilidades de realización de la imagen deseada de sí en el mundo, y ello se traduce en rabia, frustración, enojo, impotencia, indignación y descontento” (PNUD 2012, pág. 111). Por lo tanto, desde esta perspectiva el malestar tiene un movimiento pendular entre el daño de la imagen de sí y del mundo.

Del mismo informe se desprende que a diferencia de la célebre publicación de 1998, *Las paradojas de la modernización*, el malestar social problematizado el 2012 es mucho menos implosivo, volcándose a lo social con facilidad. Esto porque se vislumbra una escisión entre el proyecto de vida personal y el campo social. En otras palabras, los proyectos de vida se forjan independientes de lo político, lugar donde los agentes ya no se sienten representados, viéndolo como un campo lejano de incidencia utópica (PNUD 2012). Por lo tanto, ante el desencanto de la política el individuo se vuelca hacia sí mismo. De ahí que se presente una paradoja entre niveles de desconfianza con la sociedad y altos índices de satisfacción con la vida. Asimismo, el pivote entre malestar y acción colectiva es el descontento social, fuerza catalizadora de episodios como los de Chile el 2011 o más recientemente en Brasil.

Considerando las contradicciones en torno a la capacidad de agencia sobre el terreno político versus el proyecto de vida, el horizonte al que invita el PNUD es a pensar un modelo de desarrollo orientado al bienestar subjetivo, entendiendo esto desde una perspectiva amplia, más allá de la satisfacción de las condiciones de vida. En suma, una visión holística del desarrollo que una crecimiento económico, bienestar subjetivo e incremento de sociabilidad.

Sin embargo, fuera ya del útil informe, no hay duda que el malestar social nos abre un abanico de exigencias de reflexión, por ejemplo, desde la crítica al universalismo europeo como matriz de comprensión de los procesos de modernización latinoamericanos. No obstante la pertinencia o necesidad de estas reflexiones, nuestro propósito es distinto, y se encamina a proponer una lectura del malestar desde la alteridad psicoanalítica.

¿Por qué el psicoanálisis? Dejo esta interrogante suspendida, para retomarla más adelante. Antes contextualicemos el malestar dentro de la producción sociológica.

El recurso teórico frecuente para la teoría sociológica actual es pensar al malestar social en el marco de una crisis de la sociedad (post)moderna, en la cual los referentes sociales característicos de la tradición se han derrumbado: el Estado ha cedido al mercado, las ideologías ya no son referente de ideas y así una larga lista que nos conduce al ocaso del paradigma comunitario en la conformación de la sociabilidad. Hablo aquí de producciones variadas, por cierto muy potentes, como las de Bauman o Beck, donde la fluidez social, la fragmentación o el riesgo nos entregan los marcos conceptuales necesarios para leer el malestar social como un síntoma de la crisis actual (Beck, 2008; Bauman, 2000). De modo que el malestar se asoma como el producto del desencuentro del sujeto con las derivas actuales de la modernidad, como la fragmentación del lazo social o el decaimiento del Estado de bienestar.

Ahora bien, independiente de la especificidad de las posturas teóricas sobre el devenir contemporáneo, hay dos aspectos que cruzan las producciones de manera general. El primero es la constante interrogación sobre lo moderno, desde sus continuidades y rupturas con la actualidad. El

segundo es la apertura al problema de la subjetividad y el lenguaje. Si lo sintetizamos aun más, la matriz para comprender el malestar social contemporáneo implica una operación cíclica de retorno sobre los procesos de subjetivación de la modernidad. En ese plano, sabemos que la modernidad significa liberación de la tradición y el posicionamiento del hombre en el centro de la historia. Con la razón como energía vital, el hombre se separa de Dios en la tarea de nombrar el mundo que lo rodea. Ahora en más, las respuestas devienen del pensamiento humano, ya no divino. Es el pliegue racional de la historia del hombre y las ideas, donde el pensamiento científico, desmitificador por excelencia, se presenta como el nuevo mito de la cultura occidental.

Precisamente, en el terreno de las discusiones sobre modernidad y subjetividad, la teoría psicoanalítica emerge como un actor principal en la escena disciplinaria. Desde la vereda del sufrimiento psíquico, Freud conceptualiza las consecuencias del desencantamiento del mundo en el devenir identitario del sujeto moderno mediante el reconocimiento del estatuto inconsciente de la cultura y centralidad del malestar en la subjetividad.

## **2. Visión freudiana del malestar**

En el texto fundamental de 1930, “El malestar en la cultura” (Freud, 1930), Freud propone una reflexión en torno la compleja y contradictoria relación del individuo y la cultura desde el punto de vista de los objetivos que los seres humanos depositan en ella, sin necesariamente obtener buenos réditos. “¿Qué es lo que los seres humanos mismos dejan discernir, por su conducta, como fin y propósito de su vida?” es la interrogante inicial de Freud, cuya respuesta es casi lógica: “quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla” (Freud, 1930, pág. 76). Los seres humanos, por tanto, mantienen obediencia al “principio del placer”, configurando un doble propósito, por un lado evitar el dolor, y por otro, maximizar el goce.

### **2.1 Los ecos de la renuncia pulsional: el malestar en la cultura**

Para garantizar su reproducción, la cultura requiere de una normatividad, una represión pulsional que garantice la permanencia del lazo social a través de la administración de las pulsiones. Evidentemente, no todos pueden hacer lo que dicte su deseo; se requieren mecanismos de socialización y subjetivación que repriman este fluir pulsional del sujeto y que tiendan a la creación (más que anulación) de sociabilidad. Esta gran estructura que sostiene el dominio de las pulsiones es lo que Freud presenta en primer lugar como represión y luego como renuncia pulsional.

Ahora bien, este proceso de socialización a través del cual pareciera que el sujeto logra encaminarse a una aceptación de las normas de la cultura que rigen los vínculos sociales y la sexualidad dista mucho de ser una internalización automática y exenta de efectos. Por más que las normas se interioricen y los agentes las respeten sin mayor conocimiento, el inconsciente, mediante el trabajo del análisis, revela que la tensión entre sujeto y norma no se anula sino que se desplaza a las profundidades del aparato psíquico. En ese sentido, el aporte freudiano se dirige al descubrimiento de que la integración social, abarcada desde la internalización de las prohibiciones culturales, conlleva un alto precio que pagar: el “malestar en la cultura/civilización”.

Gran parte de la culpa por nuestra miseria la tiene lo que se llama nuestra cultura; seríamos mucho más felices si la resignáramos y volviéramos a encontrarnos en condiciones primitivas. Digo que [esta aseveración] es asombrosa porque, como quiera que se defina el concepto de cultura, es indudable que todo aquello con lo cual intentamos protegernos de la amenaza que asecha desde las fuentes del sufrimiento pertenece, justamente, a esa misma cultura (Freud, 1930, págs. 85-86)

Así, entre el individuo y la cultura se instala una relación paradójica, ya que es la misma cultura, aquella máxima creación del hombre, aquel hábitat de lo humano, la que, desde su centro y de manera estructural, se configura como impulsora de un malestar subjetivo que, lejos de olvidarse, permanece en el sujeto a modo de “parásito inconsciente” de actuar silencioso. Pero al mismo tiempo, y aquí radica lo contradictorio, es también en la propia cultura donde el hombre encuentra los métodos para combatir el sufrimiento, y con ello satisfacer las demandas del principio del placer.

Producto de esta conflictiva relación entre sujeto y cultura es que surge lo que Freud llama el “malestar en la cultura” (considerando la doble acepción entre cultura y civilización). Lo interesante es que dicho “bloque de naturaleza invencible” como lo llama Freud, se encuentra ya no en lo cultural (o lo social) sino que en el propio sujeto. Este sentimiento, que se cobija en el fondo del psiquismo, va en contra de los sustentos sociales al pretender un “retorno” al estadio anterior a la cultura<sup>1</sup> y con ello la anulación de las normas que regulan la sexualidad, por ejemplo, en lo que respecta a la regulación más elemental, la del incesto. Siguiendo esa línea, el “malestar” se diferencia de la “desdicha” o la “infelicidad”, ya que expresaría más bien un potencial energético (pulsional) inscrito en el corazón del conflicto social. Hablamos acá de una tendencia incluso autodestructiva, que privilegia la destrucción antes que la creación.

Por lo tanto, vemos que pese a degradar la pulsión agresiva en lo social, dirigiendo los deseos (en primer momento asociales) en objetos socialmente aceptados, el sujeto no logra acomodarse a la cultura, no logra “integrarse” por un obstáculo “interno” (el malestar). Este malestar se configura como un sentimiento de hostilidad ancestral, fruto de la herencia subjetiva de estadios anteriores a la cultura, que finalmente va en contra de la cohesión social

Pero ¿y qué habría sobre el afamado progreso de la civilización? No mucho si de combatir este sentimiento se trata, ya que el grado de desarrollo de la civilización moderna nada puede hacer respecto al malestar. Así, ante la figura del hombre moderno como un “dios con prótesis”, que celebra los progresos de los objetos culturales, y de la ciencia en general, como triunfos ante un ordenamiento natural desfavorable, Freud toma una posición escéptica, incluso pesimista. A diferencia de muchos teóricos “optimistas” en cuanto a los efectos de los progresos científicos, él duda de los reales beneficios psicológicos de los cambios sociales experimentados por occidente:

Épocas futuras traerán consigo nuevos progresos, acaso de magnitud inimaginable, en este ámbito de la cultura, y no harán sino aumentar la semejanza con un dios. Ahora bien, en interés de nuestra indagación no debemos olvidar que el ser humano no se siente feliz con la semejanza con un dios (Freud, 1930, págs. 90-91).

---

<sup>1</sup> Como lo indicaba en *Tótem y Tabú* (Freud, 1912) y en el principio del *Malestar en la Cultura* (Freud, 1930), este estadio anterior está presente en el psiquismo de manera complementaria a los más recientes. Por vía del lenguaje, el psiquismo mantiene una característica hereditaria donde posibilita una suerte de traspaso generacional de una serie de disposiciones, prohibiciones y permisos que cada vez se vuelven más interiorizados.

De modo que pese a mejorar condiciones de vida mediante la técnica y el progreso científico, el desarrollo de la cultura/civilización dista bastante de dirigirse a la anulación del “malestar”; más bien, al contrario, el progreso de las sociedades requiere del constante aumento de la normalización de las pulsiones, lo cual estimula este “descontento de larga data” con la cultura.

Esta postura de Freud frente al progreso de la sociedad moderna se establece como alternativa a la posición excesivamente optimista, arraigada en las ciudades que vivían de cerca la modernización, como Viena o Berlín, que veía en el porvenir de la técnica y desarrollo de objetos culturales un mejoramiento radical de los estados de ánimo. Freud, en cambio, amparado en la primacía de la pulsión agresiva y la introducción del “malestar” en la civilización, se une a la tradición de autores “trágicos” –escasos, salvo Simmel y Weber, en la sociología clásica- que no adherían al discurso del bienestar implícito en el proceso modernizador. No hay duda que el respaldo de esta perspectiva crítica debe encontrarse en la clínica de la neurosis, concretamente, en lo que allí emergía: un discurso que, en su texto y sufrimiento psíquico, no era precisamente coherente con el entusiasta y esperanzador progreso de la civilización, ni tampoco funcional a los discursos ideológicos del momento.

En síntesis, lo que apunta finalmente la óptica del malestar es a una relación estructuralmente conflictiva entre sujeto y cultura que conlleva a una raíz antisocial inscrita, paradójicamente, en el corazón mismo de lo social y que no tiene ninguna dependencia del progreso de la civilización. El malestar existe y seguirá existiendo, porque también existe la cultura y las normas que la sostienen. Por lo cual, más que un padecimiento “individual”, el malestar pone de manifiesto una característica de las relaciones sociales en general.

## 2.2 Doble acepción del malestar

Ahora bien, este malestar en relación a la cultura/civilización ¿por qué permanece como condición inherente? Y además ¿se trata solo de una antinomia libertad (deseada por el sujeto)-restricción (impuesta por lo social)? A primera vista, efectivamente es posible identificar una contradicción entre *lo externo* y *lo interno*, entre el sujeto que no logra tolerar la normatividad de la cultura (por ejemplo, en cuanto a género, familia o sexualidad) y la consecutiva limitación al deseo que ello significa. Sin embargo, es en este punto donde la clínica de la neurosis surge para recordar que esta perspectiva no da cuenta de la totalidad del problema. En tanto principal medio de conocimiento del inconsciente, la neurosis es entonces la que ofrece las respuestas a estas interrogantes, o mejor dicho vendría a complejizarlas, pues lo que muestran los neuróticos es precisamente que tanto el exceso de normas como la falta de ellas pueden ser agentes de sufrimiento psíquico.

Por tanto, si bien es cierto que Freud se encarga de destacar la intolerancia del sujeto a las limitaciones del mundo exterior como un factor importante de la emergencia del malestar al mencionar que “puesto que la cultura impone tantos sacrificios, no solo a la sexualidad, sino a la pulsión agresiva del ser humano, comprendemos mejor que los hombres difícilmente se sientan dichosos dentro de ella” (Freud, 1930, pág. 111), también deja entrever que parte importante del sufrimiento psíquico a raíz de los vínculos sociales se debe a “la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos recíprocos entre los hombres en la familia, el estado y en la sociedad” (Freud, 1930, pág. 85). Así, se abre una dimensión distinta, que involucra la (in)capacidad de las normas para contener al sujeto de acuerdo a lo que prometen. En rigor, la cultura mantendría ante el hombre una ineficacia “en origen” al no lograr

fijar al sujeto de manera plena (solo le ofrecería identificaciones parciales). En este sentido, y mediante un recorrido léxico del malestar (*Unbehagen*), Marinas (2002, pág. 59) destaca que *Unbehagen* sería “lo que molesta porque deja de contener”. En otras palabras, lo que estimula la sensación de hostilidad a la cultura es un sufrimiento a partir de la falta de límite y la denegación de la castración. Por lo tanto, si bien la civilización impone al sujeto un sistema de normas para garantizar el vínculo social, lo que verdaderamente da forma al “malestar” es la ineficacia del orden cultural en su objetivo de contener.

En resumen, la doble acepción del malestar se refiere a:

- Limitaciones a las pulsiones (represiones al principio del placer ejercidas por el principio de realidad – las normas sociales)
- Ineficacia del orden cultural creado por el hombre (instituciones que no logran “contener” al sujeto de manera completa)

En términos sociológicos, lo que estimula esta doble perspectiva para abordar el conflicto sujeto-*kultur* es a una re-conceptualización de la integración social como método de estabilidad y contención pulsional. Esto porque el dominio de la tendencia agresiva es parcial y las normas sociales, que implican un intercambio entre el deseo y la estabilidad, tampoco logran remplazar la pérdida de satisfacción pulsional: condenado a sacrificar el goce pulsional en post de su habitabilidad en lo social, el hombre tampoco obtiene la estabilidad ‘prometida’. Esta insuficiencia originaria de las normas creadas en función del orden social es la que finalmente se asoma como inverosímil: “no podemos entender la razón por la cual las normas que nosotros mismos hemos creado no habrían más bien que protegernos y beneficiarnos a todos” (Freud, 1930, pág. 85).

Al subrayar la doble acepción del malestar entre sujeto y cultura, Freud se comunica con aquello que Durkheim trató desde la relación entre anomia y sufrimiento. Como sabemos, el padre de la sociología encontraba que el fallo o dislocación de valores sociales podían conducir, al igual que su exceso o la aislación social, a una conducta disfuncional como el suicidio. Es decir, si el individuo no estaba expuesto a la regulación de sentimientos y de actividad individual que efectúa todo orden social, podía suicidarse igualmente que exponiéndose a una normalización excesiva:

En el orden de la existencia nada es bueno sin medida. Un carácter biológico no puede llenar los fines a que debe servir, más que a condición de no traspasar ciertos límites. Igual ocurre con los fenómenos sociales. Si, como acabamos de ver, una individuación excesiva conduce al suicidio, una individuación insuficiente produce los mismos efectos. Cuando el hombre está desligado de la sociedad se mata fácilmente; fácilmente, también, se mata cuando con demasiada fuerza está integrado en ella (Durkheim, 1897, pág. 224).

Ambivalencia entre el sujeto y las normas sociales que evita posicionar a la integración social como un bien en sí mismo. Más bien, se subraya una relación excesivamente paradójica con las normas, donde la misma herramienta que puede servir para aplacar el sufrimiento psíquico tiene la posibilidad de plantearse como agente de inestabilidad.

Volviendo a Freud, las reformulaciones de la teoría de las pulsiones, particularmente lo que cabe a la incorporación de la dualidad pulsional Eros-Muerte como central para comprender el psiquismo, es lo que impulsa a Freud a un giro en la forma de concebir el problema de la “frustración cultural”, ya que primero se establece en términos de represión (la problemática de la castración en el complejo de Edipo) y posteriormente se presenta como una renuncia. En 1913, en “Tótem y Tabú”, Freud había encontrado en la represión pulsional el gran coste psicológico de la civilización moderna, y

por qué no del progreso mismo; en cambio, en 1930, la centralidad de la represión cede su lugar a la hipótesis de la renuncia pulsional y el sentimiento de culpa como los grandes precios a pagar por el sujeto moderno. La posición de Freud hace hincapié en una tensión tanto externa (represión pulsional impuesta por lo social) como interna (internalización de las prohibiciones en el *super-yo*) que resulta fundacional, primero en el devenir del sujeto y, posteriormente, en las relaciones sociales en general.

Para Assoun (1993) la transición de la “represión” a la “renuncia” muestra también el paso de una visión más externa de la prohibición a otra que la posiciona como estructural. Por sobre una imposición cultural, lo que se trata de enfatizar con la renuncia es una ineficacia estructural de la satisfacción de la pulsión. Lo anterior permite al autor pensar en un “sujeto de la *Kultur*” construido “sobre el destino específicamente social de esa renuncia” (pág. 152). Por lo cual, el malestar no es solo “en” la cultura, sino también “de” la cultura/civilización. La propia cultura genera este malestar, el que a su vez aflora como condición de existencia y garantía de permanencia de la civilización. En otras palabras, es el “síntoma perenne del proceso civilizador, algo así como el gusano de la fruta” (Assoun, 1993, pág. 158).

La “renuncia pulsional” y su precisión conceptual diferenciada de la represión introduce varias complejidades a los ojos del saber de la sociología, ya que si consideramos que en la relación sujeto-normas radica parte importante del quehacer sociológico, específicamente en lo que cabe a la discusión entre la coacción y la conformidad, vemos que desde la teoría psicoanalítica este problema adquiere otro sentido, dado que la llamada “internalización”, mediante la cual la norma se mueve desde el mundo exterior al *super-yo*, guarda una alta dimensión conflictiva. De esta forma, la lucha no desaparece, por más que las normas sean “respetadas”, solo que ahora se da internamente en la constante tensión entre los deseos y las normas (Izquierdo, 1996; pág. 194).

Finalmente, y para cerrar con Freud, podemos decir que la renuncia pulsional como sostén de la cultura, tal y como se ha formalizado desde el psicoanálisis, propone un desafío sociológico a partir de las tensiones entre lo individual y colectivo, que, como hemos visto, se enfatizan de manera mucho más compleja que una antinomia entre lo pulsional y lo social. Esta tensión original que el psicoanálisis niega supondría que por un lado están los deseos del sujeto, que exigen ser satisfechos, y por otro las normas sociales que los reprimen. En su lugar, Freud ofrece un panorama mucho más sofisticado, lleno de complejidades y paradojas en torno a la conformación de la subjetividad, donde el malestar es más una propiedad del psiquismo que una condición de infelicidad o descontento.

### **3. Perspectivas desde Freud**

Desde Freud, entonces, el malestar trasciende la lógica del descontento, constituyéndose como el gran precio a pagar por lo comunitario y un sacrificio de la pulsión por la vida en sociedad. Esta perspectiva plantea elementos oportunos para la problematización de la subjetividad en su relación paradójica con la cultura, principalmente por la (in)governabilidad de la pulsión y la eficacia de la renuncia.

A su vez, el umbral que abre el psicoanálisis para el trabajo de las ciencias sociales nos acerca a la posibilidad de pensar alternativas a las teorías que se afirman en la fragmentación social como devenir del mundo contemporáneo. Desde Freud, la fragmentación (mejor dicho, inadecuación o incompletud del sujeto y la cultura) no es leída como crisis sino como un punto de fractura tan caótico como atractivo, donde la renuncia tiene una cara productiva, aunque esté mediada por malestar. Este

malestar es una condición propia del sujeto en la medida que somos seres de cultura, atravesados por la huella del lenguaje y la limitación pulsional.

Sin embargo, es necesario subrayar la especificidad de la visión freudiana del malestar en comparación a las ciencias sociales. Como vimos en un comienzo, “nuestro” malestar está estrechamente vinculado al descontento y la acción colectiva, en cambio en psicoanálisis el malestar es ante todo interiorización de la ineficacia del orden normativo. Así, podemos establecer, a modo de boceto, una dialéctica entre la implosión y explosión como paradigmas del tratamiento del malestar.

No cabe duda que estas preguntas están fuera del alcance e interés del psicoanálisis, dado que como se encargó Freud de recordar, el psicoanálisis aplicado a lo social no tiene pertinencia ni validez analítica. Por lo tanto nos corresponde a nosotros analizar las vías y puntos de fuga por los que el malestar es administrado en lo social. Entramos acá a una discusión sobre los sistemas normativos y prácticas sociales, entre agencia y estructura, en la cual el psicoanálisis nos permite tensionar la teoría social desde las vicisitudes del sujeto del inconsciente.

Para cerrar y desde una perspectiva más amplia, creo que es necesario instalar una reflexión en torno a la crisis, pero no sobre su contenido ni las maneras de superarla, sino más bien sobre la propia validez del concepto como lectura de lo contemporáneo. En este recorrido planteado, quizá el primer paso sea evaluar la novedad del diagnóstico de crisis en la historia de la modernidad, vía por la que llegaremos al origen de la propia sociología, planteada como un ejercicio de reacción ante la crisis (Nisbet, 1966). A su vez, este cuestionamiento implica el desafío de encarar el problema de lo comunitario en la sociedad de consumo más allá de la lectura de fragmentación, abriéndonos a la necesaria tensión con otras disciplinas desde la comunicación conceptual. En ese plano el malestar en Freud es solo un fragmento de un vasto territorio de diálogos, críticas y discusiones que actualiza el compromiso sociológico de comprender el funcionamiento paradójico de lo social.

## Bibliografía

- Assoun, P.-L. (1993). *Freud y las ciencias sociales*. Barcelona: Ediciones Del Serbal, 2003.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Beck, U. (2008). *Sociedad del riesgo: En busca de la seguridad perdida*. Barcelona: Paidós.
- Durkheim, É. (1897). *El suicidio*. Madrid: Akal, 2004.
- Freud, S. (1912). Tótem y tabú. En S. Freud, *Obras Completas* (Vol. XIII, págs. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Freud, S. (1913). El interés por el psicoanálisis. En S. Freud, *Obras Completas* (Vol. XIII, págs. 165-192). Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. En S. Freud, *Obras completas* (Vol. XXI, págs. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Izquierdo, M. J. (1996). El vínculo social: una lectura sociológica de Freud. *Papers*(50), 165-207.
- Marinas, J. M. (2002). El malestar en la cultura del consumo. *Política y Sociedad*, Vol. 39(Núm. 1 ), 53-67.



PNUD. (2012). *Desarrollo humano en Chile 2012. Bienestar subjetivo, el desafío de repensar el desarrollo*. Santiago.